

Agatha Christie®

Una misteriosa **PREGUNTA**
para uno de los casos
más **ENIGMÁTICOS**

¿POR QUÉ NO LE PREGUNTAN A EVANS?




ESPASA

AGATHA CHRISTIE

¿POR QUÉ NO LE PREGUNTAN
A EVANS?

Traducción de Manuel Vallvé


ESPASA

Why Didn't They Ask Evans? © 1934 Agatha Christie Limited. All rights Reserved.

AGATHA CHRISTIE and the Agatha Christie Signature are registered trademarks of Agatha Christie Limited in the UK and elsewhere. All rights Reserved.
www.agathachristie.com

Agatha Christie Roundels Copyright © 2013 Agatha Christie Limited. Used with permission.

Diseño de la cubierta: Planeta Arte & Diseño

Ilustraciones de la cubierta: © Ed

Agatha Christie

Traducción de Manuel Vallvé (Editorial Molino), 1942 © Agatha Christie Limited. All rights Reserved.

© Editorial Planeta, S. A., 2022

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

Por esta edición:

Espasa Libros, 2022

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.planetadelibros.com

Publicado de acuerdo con Grupo Planeta Argentina S.A.I.C

Primera edición: julio de 2022

ISBN: 978-84-670-6659-3

Depósito legal: B. 10.197-2022

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Egedsa

Printed in Spain - Impreso en España

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

Capítulo 1

EL ACCIDENTE

Bobby Jones empuñó el palo de golf, tocó ligeramente la pelota, inclinó despacio el palo hacia atrás y luego dio un golpe fuerte con la rapidez de un rayo.

¿Acaso la pelota emprendió un camino recto, elevándose para caer luego al suelo en el lugar debido?

De ningún modo. Avanzó tropezando contra los accidentes del terreno y al fin se encajó en un hoyo.

Allí no había espectadores que pudiesen proferir una exclamación de desaliento. El testigo solitario de aquel golpe no manifestó ninguna sorpresa y eso se explica con facilidad, porque no era el maestro estadounidense del juego que había inventado aquel golpe, sino simplemente el cuarto hijo del vicario de Marchbolt, un pueblo pequeño situado en la costa de Gales.

Bobby profirió una exclamación decididamente profana.

Era un joven de aspecto afable, que tendría unos veintiocho años. Su mejor amigo no habría podido calificarlo de guapo, pero, sin embargo, era simpático, y sus ojos manifestaban la honrada cordialidad de un perro fiel.

—Cada día estoy peor —murmuró desalentado.

—Exagera usted —contestó su compañero.

El doctor Thomas era un hombre de mediana edad, cabello gris y rostro enrojecido y alegre. Nunca daba golpes como aquel, sino que prefería las jugadas cortas y, con frecuencia, lograba derrotar a otros jugadores más brillantes, pero no tan seguros.

Bobby volvió a atizar ferozmente la pelota y a la tercera alcanzó el éxito, porque fue a situarse a corta distancia del lugar que ocupaba la del doctor Thomas, después de dos jugadas maestras.

—Este hoyo es suyo —declaró Bobby. Y continuaron hasta el siguiente.

El doctor jugó primero y dio un golpe corto y directo, pero no alcanzó gran distancia.

Bobby suspiró, apuntó la pelota, hizo oscilar largo rato su palo y, cerrando luego los ojos, levantó la cabeza e inclinó el hombro derecho, o sea que hizo todo lo que no debía hacer. Y, sin embargo, dio un golpe maestro.

Profirió un hondo suspiro de satisfacción. El desaliento que hasta entonces se pintaba en su rostro desapareció de repente, para ser sustituido por el entusiasmo.

—Ahora ya entiendo lo que debía hacer —murmuró, hablando con muy poca sinceridad.

Siguió jugando y conduciéndose con la mayor imprudencia, pero no volvió a ocurrir ningún milagro y, en determinado momento, la pelota describió un ángulo recto.

—¡Diablos! ¡Si ese golpe llega a ser en línea recta...! —exclamó el doctor Thomas.

—Sí... —contestó Bobby, amargado—. Espere, me parece que he oído un grito. Confío en que la pelota no haya herido a nadie.

Miró hacia la derecha. La luz era mala. El sol estaba a punto de ponerse y, al desviar la vista en línea recta hacia él, era muy difícil distinguir algo con claridad. Además, desde el mar subía una ligera niebla. El borde del acantilado se encontraba a unos cuantos centenares de metros de distancia.

—Por ahí pasa el camino —dijo Bobby—, pero no creo que la pelota haya llegado hasta él. A pesar de todo, me parece haber oído un grito. ¿Lo ha oído usted?

El doctor no había oído nada.

Bobby salió en busca de su pelota y, aunque le costó encontrarla, lo consiguió al fin. Desde ahí no era posible dar ya ningún toque, porque se hallaba en el centro de un matorral. La empujó, la recogió y avisó a su compañero de lo ocurrido.

Mientras jugaban, los dos amigos cruzaron el sendero, que entonces corría tierra adentro, hacia la izquierda, y, siguiendo el borde del acantilado, Bobby dio un golpe a su pelota y de pronto vio que desaparecía para caer al abismo.

—¡Siempre me pasa igual! —exclamó, amargado.

Se asomó y pudo ver que, a gran profundidad, centelleaba el mar, pero no logró divisar la pelota. El muro rocoso era casi vertical y, al llegar cerca de la base, se inclinaba bastante.

Bobby siguió andando despacio porque conocía muy bien un punto desde el cual se podía bajar con cierta facilidad.

Así lo hacían con frecuencia los muchachos encargados de llevar los palos, y reaparecían más tarde jadeantes y triunfantes con la pelota perdida.

De repente, Bobby se detuvo y, dirigiéndose a su compañero, dijo:

—Venga usted aquí, doctor, ¿qué le parece eso?

A cosa de doce metros más abajo había un montón oscuro de algo que parecía ropa vieja. El doctor contuvo el aliento y exclamó:

—¡Caramba! Alguien se ha caído desde este acantilado. Tenemos que bajar.

Uno al lado del otro, los dos descendieron por las rocas, y Bobby, que era más forzudo y atlético, ayudó a su compañero. Finalmente, llegaron al lado de aquel fardo oscuro de aspecto siniestro. Era un hombre de unos cuarenta años y, aunque aún respiraba, estaba inconsciente.

El doctor lo palpó, le tocó las extremidades, le tomó el pulso y le levantó los párpados. Se arrodilló a su lado y completó el examen. Luego miró a Bobby, que estaba de pie a su lado, muy asustado, y negó lentamente con la cabeza.

—No hay nada que hacer —declaró—. Este pobre hombre está condenado. Tiene fracturada la espina dorsal. Sin duda no estaba familiarizado con el sendero y, al levantarse la niebla, sin darse cuenta puso un pie en el vacío. Más de una vez he advertido al ayuntamiento que deberían instalar una valla aquí. —Se puso en pie y añadió—: Voy en busca de ayuda. He de ir a por lo necesario para que suban a este desdichado. Habrá oscurecido antes de que estemos de regreso. ¿Querrá usted permanecer a su lado?

—Desde luego —contestó Bobby—. Supongo que mientras tanto no se podrá hacer nada por él.

—Nada en absoluto —confirmó el doctor, negando con la cabeza—. Por otra parte, no tardará en morir. Su pulso se debilita con gran rapidez. Vivirá cosa de veinte minutos, a lo sumo. Es posible que, antes del final, reco-

bre el conocimiento, aunque es más probable lo contrario. Sin embargo...

—¡Oh, por supuesto que me quedaré! —dijo Bobby—. Usted váyase cuanto antes. ¿Y en caso de que recobre el conocimiento, no tiene un medicamento o algo por el estilo...? —preguntó, titubeando.

—No sufrirá nada en absoluto —le tranquilizó el doctor—. En absoluto —repitió.

Volviéndose, empezó rápidamente la ascensión para llegar a lo alto del acantilado.

Bobby lo observó y lo vio desaparecer, al mismo tiempo que le dirigía un saludo, agitando el brazo.

El joven dio unos pasos por el estrecho espacio que le ofrecía un escalón de la roca y luego se sentó en otro para encender un cigarrillo. Aquel asunto lo había impresionado mucho. Hasta entonces jamás había tenido contacto con la enfermedad o la muerte.

No se podía negar que en el mundo a veces algunos tenían muy mala suerte. Un jirón de niebla en una magnífica tarde, un paso en falso... Y de pronto una vida llega a su final. Y eso podía ocurrirle a un individuo sano, robusto y que quizá nunca había estado ni un solo día enfermo. La palidez de la cercana muerte no podía ocultar el tono curtido de la tez. Aquel hombre debía de haber llevado una vida al aire libre y tal vez pasó gran parte de ella en el extranjero. Bobby se fijó en él con mayor atención y pudo notar que su cabello, de color castaño, estaba manchado de gris en las sienes; observó la nariz grande, la mandíbula vigorosa y los blancos dientes, que se descubrían entre los labios. Luego notó los anchos hombros y las manos, vigorosas y bellas. Las piernas estaban dobladas en un ángulo muy raro. Bobby se estre-

meció; volvió a fijarse en su rostro. Era atractivo, humorístico, decidido y enérgico. Los ojos, según se imaginó, debían de ser azules.

Cuando se encontraba en ese punto de sus suposiciones, los ojos del hombre accidentado se abrieron de repente.

Eran de color azul claro y, a la vez, profundos. Miraban fijamente a Bobby. En ellos no había la menor incertidumbre o confusión. Parecían del todo conscientes, observadores y, al mismo tiempo, daba la sensación de que interrogaban.

Bobby se puso en pie de un salto y se dispuso a acercarse al hombre, pero antes de que llegara a su lado, este habló con voz fuerte, clara y resonante:

—¿Por qué no le preguntan a Evans? —exclamó.

Luego sufrió un pequeño estremecimiento y cerró los párpados y la boca.

Había muerto.